

**SERMÓN DE LAS SIETE PALABRAS**  
**HERMANDAD DE LA PASIÓN**  
**(Catedral de Pamplona, 3 de abril de 2026)**

**PRIMERA PALABRA**

**«Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc 23,34)**

Situémonos al pie de la cruz. El ruido del mundo parece apagarse y solo se escucha una voz. Una voz que no maldice, que no acusa, que no se defiende... sino que ora. En el momento de mayor dolor, cuando la injusticia alcanza su punto más alto, Cristo hizo lo que siempre había hecho: dirigirse al Padre.

Y lo hace con una palabra que desconcierta: perdón.

No pide justicia. No reclama reparación. No llama a los ángeles. No responde al odio con odio. Sino que pronuncia una súplica: «Padre, perdónalos». Y con esa palabra revela el corazón de Dios.

Porque aquí, en la cruz, no solo vemos lo que el hombre es capaz de hacer... vemos sobre todo lo que Dios es capaz de amar.

Jesús no niega el mal. No dice que lo que ocurre esté bien. Pero va más allá. Penetra en lo profundo del corazón humano y pronuncia una frase que nos incluye a todos: «no saben lo que hacen».

¡Qué misteriosa es esta ignorancia! No es una simple falta de conocimiento. Es una ceguera del corazón. Es vivir sin ver a Dios, sin reconocer al otro, sin entender la gravedad del mal que hacemos.

Y entonces esta palabra deja de referirse solo a aquellos que clavaron a Cristo en la cruz... y empieza a referirse a nosotros.

Porque también nosotros, muchas veces, no sabemos lo que hacemos. No sabemos lo que hacemos cuando herimos con palabras. No sabemos lo que hacemos cuando vivimos encerrados en nosotros mismos. No sabemos lo que hacemos cuando nos acostumbramos al pecado. No sabemos lo que hacemos cuando dejamos de amar. O quizá —y esto es más duro— sí lo sabemos... pero miramos hacia otro lado.

Y, sin embargo, la actitud de Cristo es el perdón. Él ha perdonado primero. Esta es la gran novedad del Evangelio.

El mundo funciona de otra manera: primero arrepentimiento, luego perdón.

Dios actúa al revés: primero perdón... para que sea posible el arrepentimiento.

Por eso esta palabra no es solo una oración de Jesús. Es una puerta abierta. El buen ladrón entrará por ella. Pedro entrará por ella. La Iglesia entera ha entrado por ella a lo largo de la historia. Y tú y yo estamos llamados a entrar también.

Pero aquí aparece la dificultad más grande. Nos gusta recibir el perdón... pero nos cuesta darlo. Nos resulta fácil decir: «Señor, perdóname». Pero nos cuesta decir: «yo perdono». Y, sin embargo, no podemos separar ambas cosas. En el Padrenuestro lo manifestamos: Perdónanos nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden.

Jesús, que perdona desde la cruz, nos enseña que el perdón es una decisión que no nace de que el otro lo merezca, sino de haber experimentado antes el amor de Dios. Solo quien se sabe perdonado puede perdonar.

Por eso, hoy, al pie de la cruz, estamos llamados a dejarnos transformar por Jesús que perdona siempre. Y ante esto, me pregunto: ¿A quién necesito perdonar? ¿A quién sigo juzgando? ¿A quién no he dado una segunda oportunidad? Quizá hay heridas antiguas. Palabras que no se olvidan. Situaciones que parecen irreparables. Y, sin embargo, la cruz nos dice que el perdón no es imposible. Es difícil, sí. Es costoso, también. Pero no es imposible, porque no nace de nuestras fuerzas, sino de la gracia.

Perdonar no significa justificar el mal. No significa olvidar. No significa que todo da igual. Perdonar significa no dejar que el mal tenga la última palabra.

Eso es lo que hace Jesús en la cruz. El mal está presente, es real, es terrible... pero no vence. Porque el amor es más fuerte.

Hoy, al escuchar esta palabra, podemos hacer una sencilla oración:

Señor Jesús, que desde la cruz  
has derramado el perdón sobre el mundo,  
ensancha nuestro corazón para perdonar como tú perdonas.  
Líbranos del rencor y haznos instrumentos de reconciliación.  
Amén.

José Antonio GOÑI BEÁSAIN DE PAULORENA